

ESTA OBRA HABLA DE TRES GENIOS Y DE SUS SOMBRAS.

Catalina Bárcena, Gregorio Martínez Sierra y María Lejárraga formaron el trío artístico más influyente del teatro español de la Edad de Plata. Juntos revolucionaron la escena. Juntos conquistaron París, Broadway y Hollywood. Juntos crearon el Teatro de Arte, un proyecto que cambió para siempre nuestra manera de entender el hecho teatral. Y juntos pagaron el precio de vivir fuera de los márgenes morales de su tiempo.

Los tres juntos crearon algo irrepetible. Un teatro moderno que dialogaba de tú a tú con lo mejor que se hacía en el mundo. Y los tres, desde sus contradicciones personales, aportaron a nuestra cultura un legado que no se entiende sin ninguno de ellos.

Una mirada humanista.

Este montaje propone una mirada sin juicios. Aquí no hay héroes ni villanos. Hay seres humanos complejos enfrentados a sus propias contradicciones.

Catalina no es un ícono intocable. Es una mujer rota por el exilio, agotada por once años separada de sus hijos, sostenida únicamente por el recuerdo de Gregorio y el amor de su hija Katia. Una actriz genial que nunca disfrutó de lo que consiguió. Una madre imperfecta. Una amante leal hasta la destrucción. Alguien que ejerció su libertad sabiendo que la condenaría.

Gregorio no fue solo el hombre del triángulo amoroso. Fue un creador teatral excepcional cuyas contradicciones personales no invalidan su genio artístico.

María no fue solo la esposa traicionada. Fue una intelectual poderosa que eligió su propio camino, complejo y doloroso como todos los caminos reales.

Los tres fueron adultos que tomaron decisiones. Los tres construyeron un legado cultural inmenso. Los tres merecen ser recordados desde su complejidad, no desde la simplificación moral.

La puesta en escena como territorio de verdad

He concebido este espectáculo como un espacio de intimidad, no de espectáculo. Un lugar donde las sombras pueden dialogar sin condenas. Donde la memoria se reconstruye desde el respeto a la complejidad humana.

La escenografía es sobria, esencial. Un camerino que es y no es camerino. Un espacio mental donde confluyen todos los tiempos de una vida. Las sombras que visitan a Catalina —María Guerrero, Gregorio, María Lejárraga— no son fantasmas literales: son presencias que habitan su memoria, voces que la sostienen o la confrontan.

La luz construye realidades. Separa el presente del recuerdo, lo vivido de lo imaginado. El ciclorama funciona como

pantalla de proyección para los fragmentos de una vida: imágenes, rostros, momentos de gloria y de ruina que aparecen y se desvanecen como la memoria misma.

Confío en el poder de la palabra y en la verdad actoral. Cuatro intérpretes excepcionales sostienen este universo emocional con precisión y entrega. No hay aquí

gestualidad exagerada ni subrayados innecesarios. Solo la verdad del momento, la honestidad del personaje, la complejidad del ser humano.

¿Por qué esta obra ahora?

Porque necesitamos recuperar la complejidad en tiempos de simplificación. Porque la historia cultural no puede construirse desde el maniqueísmo. Porque Catalina, María y Gregorio merecen ser recordados no como personajes de una fábula moral, sino como artistas imprescindibles que transformaron el teatro español desde sus vidas imperfectas.

Esta obra no niega el dolor de María ni la injusticia de su olvido. Pero tampoco acepta que reparar esa injusticia implique borrar a Catalina o reducir a Gregorio. Completar un relato no es negar otros: es negarse a aceptar una historia mutilada.

Creo profundamente en el teatro como lugar de la verdad, no del juicio. Como espacio donde podemos mirar de frente nuestras contradicciones sin miedo. Como territorio donde la empatía es posible incluso hacia quienes no encajan en nuestros moldes morales.

Catalina Bárcena vuelve al escenario para ser vista tal como fue: contradictoria, brillante, trágica, humana. Completamente humana. Y con ella, Gregorio y María recuperan también su complejidad, su genio, su derecho a ser recordados desde la honestidad, no desde la caricatura.

Esta puesta en escena es un acto de justicia cultural y también un acto de amor por el teatro. Porque el teatro existe para comprender, no para condenar. Para iluminar las zonas grises de la existencia humana, no para imponer certezas cómodas.

Que las sombras de Catalina Bárcena resuenen de nuevo. Que su voz —silenciada durante décadas— vuelva a los escenarios con toda su verdad, con todas sus heridas, con toda su grandeza imperfecta.

ROMÁN CALLEJA

DIRECTOR DE “LAS SOMBRAS DE CATALINA BÁRCENA”